Phoolan Devi

# 01 Mujeres sin hombres y peces sin bicicletas. Mirando hacia atrás: experiencias de Autonomía y Feminismo

Este artículo relata experiencias vividas en colectivo. Aquellos colectivos estaban formados por muchas individualidades. Yo era una más entre tantas otras. Escribo desde las limitaciones de mi memoria, pero también desde la sinceridad y la perspectiva que la distancia y el tiempo dan para una crítica, espero, lo más constructiva posible.

## *Stay Free*

El KLAS (Kolectivo Libertario Autónomo y Solidario) comenzó su andadura en el año 1986. Éramos un colectivo de barrio, concretamente del barrio de Moratalaz, un barrio de Madrid con gran tradición de vida asociativa y de lucha.

Lo formábamos una amalgama bastante variada de gente, unas treinta y tantas personas, de diferentes edades, desde los 15 años a los sesenta y pico. Algunas personas venían del entorno libertario, otros de militar durante años en diferentes grupos como la Coordinadora de Barrios y asociaciones de Moratalaz como Barbecho, una asociación con un montón de trabajo sociocomunitario a sus espaldas que a su vez se organizaba en distintas comisiones: mujer, marginación laboral, alfabetización a adultos, etc. Otras éramos muy jóvenes, 15 o 16 años, pero ya teníamos una pequeña experiencia de lucha recién estrenada durante las huelgas de estudiantes de aquellos años.

Nos reuníamos en La Barraca, un pequeño edificio prefabricado que hasta pocos años antes había sido una parroquia de

barrio surgida tiempo antes de la transición, con un papel siempre activo, focalizando y apoyando las luchas de los vecinos y acogiendo reuniones clandestinas en los tiempos de la dictadura. La Barraca era un buen sitio con herencia política de la que nos sentíamos orgullosas.

Nuestra base ideoloógica era claramente de inspiración libertaria y antiautoritaria; producto de ello y de nuestra acracia, era el cómo nos organizábamos y actuábamos. Para la mayoría de la gente que formábamos el KLAS, los ateneos libertarios eran una referencia a seguir, tanto en cuanto teníamos la necesidad y queríamos formarnos, educarnos en libertad y de forma crítica y por lo que las acciones eran producto de reflexiones colectivas.

La heterogeneidad también estaba presente y así, algunos compañeros se sentían más comunistas.

Nos organizábamos a través de la asamblea, con turnos rotatorios para tomar actas y turnos de palabra. Recuerdo tanto el respeto en las intervenciones de cada uno y cada una de nosotras, como el hecho de que dedicábamos mucho tiempo a la hora de tomar decisiones para que nadie se sintiera excluida, haciendo rondas si era necesario para que todos y todas pudiéramos expresar nuestra opinión. Hacíamos buenos ejercicios de tolerancia y paciencia y en esto tuvo mucha influencia la gente que tenía más experiencia, como la gente que venía de Barbecho. Intentábamos que la comprensión y la comunicación tuvieran más peso que el discurso político aprendido y las consignas fáciles.

Aunque el nivel de implicación no era el mismo y fluctuaba en el tiempo, no se hacía de esto ni de la experiencia un factor de acumulación de poder por parte de nadie. Las propuestas y las decisiones se planteaban allí, en la asamblea, evitando crear microgrupos de poder que acabaran excluyendo a los demás.

No seguíamos los objetivos de ningún partido político ni de ninguna organización externa, aunque como ocurría en aquella época, ciertos partidos de la «izquierda no parlamentaria» (LCR, MC) hicieron intentos de captación de militantes, aunque a su pesar, porque no dio resultado alguno. Tampoco tuvimos intención de negociar nada con la junta del barrio ni con otras instituciones, manteniéndonos a una distancia saludable de la asociación de vecinos, así como del PCE y de sus juventudes, muy presentes también en el barrio.

Generábamos un montón de trabajo desde el propio colectivo. Organizábamos charlas sobre antimilitarismo, ecologismo, represión, cárceles y torturas, etc., con invitados e invitadas de honor como siempre lo son las Madres Contra la Droga, familiares de presos políticos, etc. Montábamos exposiciones de carteles antimilitaristas, talleres de educación no sexista para niños y niñas, etc. También formábamos parte de distintas coordinadoras, plataformas y campañas, tanto a nivel de barrio como de Madrid y estatal.

Estuvimos en el movimiento Anti-OTAN, con sus marchas a la base militar de Torrejón y en el movimiento antimilitarista. Formamos parte muy activa en los inicios de la Coordinadora Antimilitarista de Madrid, así como de la Asamblea de Insumisos de Madrid. Varios miembros del colectivo fueron insumisos, con las distintas estrategias de insumisión que coexistían en el movimiento antimilitarista en aquel entonces representadas en el propio colectivo: la insumisión total (negativa a presentarse a juicio y a entregarse para ser encarcelado) por parte de un par de compañeros y la presentación a juicio por parte de otro compañero (creando entonces un grupo de apoyo desde el que lanzamos una campaña por la insumisión, con charlas, acciones y teatro de denuncia en la calle).

Participamos de la Plataforma Contra la Guerra del Golfo, en otra plataforma a favor de la gratuidad del transporte público, contra la Ley Corcuera y la represión y también participábamos de algunas campañas de apoyo a huelgas de hambre de los y las presas políticas, etc. Igualmente estuvimos presentes en la coordinadora de estudiantes y sus huelgas masivas, en una campaña contra el uso de la droga como elemento de control social, etc.

En los inicios, además de la asamblea, comenzamos a organizarnos en torno a grupos de trabajo diversos: antimilitarista, antirrepresión, anticlerical, antipsiquiatría, de okupación, y también, a nuestros 16 años, aproximadamente una decena de nosotras organizamos nuestro primer grupo de mujeres, con sus debates sobre roles de género, sexualidad, aborto, etc., nuestros fanzines y nuestros inicios de contacto con la asociación antipatriarcal y cómo no, con el movimiento feminista y sus ochos de marzo. Nuestro primer ocho de marzo fue estrenado con una pancarta con su bruja y su eslogan feminista. En el KLAS éramos

unas 12 mujeres, todas bastante activas e implicadas. Entre nosotras había bastante complicidad y apoyo. Observando lo que había alrededor y lo que vi con posterioridad en otros colectivos y en el movimiento alternativo de la época, se trataba de un ambiente de lo más deseable, a pesar de que nada es perfecto y claro, algunos se sintieron excluidos cuando decidimos hacer un grupo de mujeres.

En 1990 y después de varios años funcionando, formamos parte del inicio de la Coordinadora de Colectivos Autónomos (más tarde Lucha Autónoma), con aquellas primeras reuniones en el local de la Fundación Aurora Intermitente y su primera gran asamblea en la Casa de Campo. En aquel entonces no éramos tantos los colectivos de éste ámbito político en Madrid y, de hecho, la idea no surgió de ningún colectivo de barrio sino más bien de gente que venía de la Asamblea de Okupas de Madrid, no vinculada a ningún colectivo de barrio en concreto. Nos pareció una buena idea la de coordinarnos, intercambiar ideas y lanzar propuestas a las asambleas. Sin embargo, el KLAS tenía muy claro que éramos un colectivo de barrio autónomo y que las decisiones de lo que el colectivo tenía o no tenía que hacer, así como los objetivos y prioridades, se decidían dentro y no fuera. Por ello, cuando en la Coordinadora se planteó un cambio de rumbo con respecto a quién tenía la capacidad de decisión final y asumió un poder que a nuestro entender no le correspondía, decidimos dejar de participar en ella.

A pesar de nuestras diferencias seguimos trabajando conjuntamente con Lucha Autónoma en algunas campañas de forma puntual, como la de solidaridad con el pueblo kurdo con su macro concierto en Vallecas (donde actuaron La Polla Records, entre otros). Para el KLAS, Lucha Autónoma establecía dinámicas más bien propias de partidos, y así por ejemplo se primaba la propaganda de la organización y la difusión triunfalista de sus acciones por encima del trabajo real y el trabajo de base en los barrios, menos espectacular, pero de efectos más profundos.

Nosotros y nosotras nunca habíamos tenido intención de morir de éxito ni mucho menos de acabar trabajando para los objetivos marcados por otros, fueran estos partidos políticos o «expertos» okupas. Todo un ejercicio de autonomía dentro del movimiento autónomo.

En el KLAS, tomábamos partido en lo que sucedía en el barrio, como la campaña de bienvenida a vecinos que iban a ser realojados desde el Pozo del Huevo (barrio en aquel entonces marginal y chabolista) a un gran bloque de viviendas en Moratalaz. Las casas eran oficiales, es decir, del Estado. Los vecinos burgueses del barrio de La Estrella, colindante con las viviendas de realojo, hacían concentraciones de protesta a ese realojo todas las semanas. Eso era clasismo y racismo, ya que los realojados eran en gran parte de origen gitano.

Hicimos también campaña de denuncia del recién inaugurado centro de detención de inmigrantes no documentados en Moratalaz, con concentraciones en sus puertas, encierros y huelga de hambre de 24h simbólicos. También convocábamos concentraciones y acciones de boicot a las subidas del transporte, acciones en solidaridad con las huelgas obreras de aquella época, etc.

Funcionábamos con muy poquitos recursos materiales y económicos. Si necesitábamos fondos, montábamos algún concierto llamando a amigos que no cobraban nada por tocar (grupos de punk, ska y hardcore como SDO, La Orquesta Ke Apesta, Zenobria, Matakuras, Malarians, Sin Dios, etc.). Del mismo modo, montábamos nuestra propia caseta en las fiestas del barrio hasta que, como era de esperar, el ayuntamiento vetó nuestra presencia. Entonces comenzamos a organizar las fiestas alternativas en La Barraca, agitando desde allí y organizando charlas, exposiciones y quemando peleles vestidos de militar.

La propaganda del colectivo la imprimíamos con una multicopista manual, de las antiguas (la misma que sirvió durante la clandestinidad a los y las activistas contra el franquismo). Sacábamos panfletos contra la crisis de aquel entonces, por las huelgas generales, en apoyo a las movilizaciones de estudiantes, por la gratuidad del transporte público, etc., y los repartíamos en las puertas de los mercados, en las salidas del metro y en las plazas. Entre carteles, pintadas y murales colectivos teníamos decorado permanentemente el barrio, y eso te hacía sentirlo más como tu barrio.

En cuanto a represión, claro que muchas pasamos por comisaría y por juicios pero eso era y es desgraciadamente algo habitual, y es el precio que el Estado te hace pagar por enfrentarte al poder. La inocencia se te iba a golpe de marrón policial.

En aquella época el arrase de la heroína en los barrios estaba tan solo empezando a decaer. Desde nuestra etapa en el instituto lo teníamos claro: lo veíamos entre los amigos, tanto el seguir estudiando para algunas como el estar implicado políticamente para todos era la mejor vacuna para no acabar en el agujero. Con todo y con ello, un compañero, Víctor, allí quedo. Y, como contraste, algunas de las chicas del colectivo pasaban horas y días en pisos de acogida de la Coordinadora de Barrios, ayudando a gente a desengancharse de la heroína.

El que perteneciéramos a un barrio obrero fue fundamental. Había algunas pequeñas diferencias económicas entre nosotros, pero no existían las desigualdades de clase social que más tarde vi en otros colectivos y lugares. Creo que eso fue fundamental para saber desde dónde estábamos hablando; para saber y sobre todo sentir que realmente estábamos en el mismo barco, que no estábamos jugando, que esto no era una etapa joven y salvaje y que, al finalizar, podíamos tirar de los privilegios de nuestra familia para abandonar lo precario porque lo precario estaba desgraciadamente ahí, pegado en el pellejo como si fuese un tatuaje. También fue importante para comprobar que no había interés en rentabilizar nuestra militancia profesionalizándonos en la política. En definitiva, el tema de clase social fue fundamental para sentir esa «honestidad» con la que se planteaban y hacían las cosas.

Teníamos un aluvión de ideas por llevar a cabo, más de las que podíamos (algunas se quedaron en el tintero, como la continuación de la iniciada biblioteca popular), pero al mismo tiempo todas asumíamos un nivel de compromiso muy importante, y desde aquí pienso que muy maduro, quizás demasiado, para lo jóvenes que éramos.

Nuestras pintas y forma de vida eran también variadas dentro del colectivo. Algunos de nosotros pasábamos mucho tiempo en okupas y yendo a conciertos de punk. Eso influía en el colectivo y en su implicación en este movimiento pero éramos conscientes de que no éramos un colectivo okupa, ni lo pretendíamos, aunque muchos de nosotros participamos durante y después del KLAS en centros sociales okupados, y algunas optaron por la okupación para vivienda.

Al cabo de bastantes años, en torno al 92-93, fuimos coherentes a la hora de reconocer que estábamos evolucionando cada

uno hacia un ámbito algo distinto y que tocaba dar por finalizada aquella etapa en nuestra vida. Entonces fue cuando nos disolvimos con mucha pena, por medio de una fiesta de clausura. Nunca pretendimos ser eternos y de hecho creo que ese pensamiento tiene más que ver con el triunfalismo de un partido político que con la autonomía. Las personas que allí estuvimos continuamos creciendo, aprendiendo y trabajando en el ámbito libertario y feminista en general y en particular en grupos como Juventudes Libertarias, Anarquistas de Moratalaz, kolectivo proinsumisión Los Invisibles, CNT, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, distribuidora alternativa Gato Salvaje, grupos de mujeres antimilitaristas, asociación por la autogestión de la salud (física y psicológica) y el ecologismo Sumendi, grupos de hombres contra el sexismo y afortunadamente un largo etc.

Casi veinte años después, en la primera asamblea del 15M de Moratalaz, entre las 500 personas, acudimos muchos ex-KLAS. Estábamos encantados con que 500 personas en el barrio tuvieran tan claro el funcionar asamblearíamente y sin partidos y entre nosotras hablamos de las similitudes sobre todo este funcionamiento y lo que años antes habíamos vivido en ese mismo barrio.

El KLAS fue una experiencia afortunada para un comienzo en el activismo, con todas aquellas personas. De hecho, lo recuerdo como el colectivo más honesto en el que he estado, y bueno, este recuerdo es compartido con muchas de las personas que allí estuvieron, lo que en cierto modo, lo hace más real.

Y entonces llegaron los 90...

Cuando ibas a la universidad, no solo lo hacías para sacar una carrera y adquirir conocimientos: si eras activista lo seguirías siendo allí, te llevabas tu ideología y acción allí donde ibas. Había un motón de colectivos y grupos de todo tipo y si no, los creabas tú misma. Y eso hicimos un grupo de mujeres en la Universidad Complutense de Madrid. En esta universidad, durante los años anteriores hubo grupos de mujeres. Estos grupos estaban vinculados a la Federación de Organizaciones Feministas del Estado español, que en Madrid se organizaban en torno al local de la calle Barquillo. El ámbito de Barquillo era feminismo sin dudas, con tradición militante y de lucha desde los 70, pero se acercaba a lo institucional más de lo que algunas veíamos necesario; no era el Instituto de la Mujer, por supuesto, pero pedían subvenciones

y reformas legales. Por otro lado, algunas de ellas militaban en aquel entonces en el MC y LCR, la famosa doble militancia. Frente a esto, algunas de nosotras veníamos o nos veíamos en un plano que aparentemente era algo más radical, sin partidos y sin subvenciones, más en la línea de la autogestión y la acción directa. No queríamos ser reformistas. Y el caso es que convocamos una primera reunión a la que acudieron un montón de chicas con muchas energías e ilusiones. A partir de ahí formamos un nuevo grupo de mujeres de la complutense al que llamamos «Grupo de Mujeres Doble X». Creo que para todas las que por allí pasamos y, para muchas de las que allí empezaron a militar, fue una experiencia interesante y bonita, aprendiendo mucho de feminismo.

Nos reuníamos y teníamos charlas sobre las distintas corrientes presentes en el movimiento feminista y los debates que se planteaba entonces. Organizábamos jornadas a las que acudieron ponentes muy interesantes, hacíamos cine-fórum, y llenábamos las universidades con carteles que hablaban de crear espacios liberados de sexismo, con eslóganes de los 70 del tipo «una mujer sin hombre es como un pez sin bicicleta» y nos encantaba ver las caras de los profesores y estudiantes al pasar por ellos y leerlos. No sabían que pensar, se sentían probablemente incómodos, al fin y al cabo ellos iban allí para estudiar...

Hubo momentos difíciles, como cuando apoyamos a las chicas del grupo de mujeres de Somosaguas llamado Lilith en su campaña de denuncia de acoso sexual y violaciones en las universidades. Dentro de esta campaña aparecía también la denuncia por enésima vez del profesor Román Reyes. Ese tipo tenía una larga acumulación de denuncias previas y el anterior grupo de mujeres de Somosaguas ya había intentado visibilizar el tema. La pesadilla aquel año apareció por la denuncia de intento de violación a una alumna. Hasta aquí, desgraciadamente, se trataba de un clásico en el trabajo de apoyo de grupos de mujeres. Pero la novedad fue el colchón en el que este personaje se apoyaba: gran parte de la gente de izquierdas de Sociología. Afortunadamente, hubo profesoras y profesores que lo tenían muy claro, pero muchos —demasiados de los otros—, le apoyaron hasta cuando estuvo preventivo en la cárcel. Estudiantes de grupos de izquierdas pidieron firmas en apoyo al que, irónicamente, convirtieron en víctima, pasando a hacer un juicio público de la vida de la denunciante al mismo

tiempo que querían que el grupo de mujeres se disolviera. Podría parecer esquizofrenia o hipocresía por parte de la izquierda, pero probablemente tuvo más que ver con la podredumbre de círculos de poder, pactos y apoyos que en la universidad se daban... con todo y con eso, pese a la presión, no las pararon, no nos pararon.

Por otro lado, poco después algunas estudiantes que apoyaron a este profesor pasaron incluso a dar charlas sobre feminismo y okupación... y es que, el movimiento también daba para este tipo de contradicciones que nada tenían que ver con posibles evoluciones, sino más bien con que los discursos muchas veces podían ser de quitar y poner, algo intercambiable y dependiente de intereses y modas. Numerosas veces se asumían discursos sin su contenido, por pura y hueca estética.

Del Grupo de Mujeres de la Complutense y otros chicos salió la Plataforma Antihomofobia de la Universidad Complutense. Esta Plataforma surgió como respuesta a la situación de acoso y a las agresiones verbales a las que un estudiante se vio sometido por otros compañeros de clase en la facultad de Filosofía. Aquello disparó nuestra rabia antihomofóbica contenida... En aquel entonces se acababa de crear otro colectivo RQTR (Rosa Que Te Quiero Rosa); eran amigas y conocidas pero de una órbita, a nuestro entender, algo más light, más del entorno de COGAM, lo que en aquel entonces veíamos como más cultural y club social. El caso es que de forma conjunta convocamos manifestación-besadas por todas las universidades: entrábamos en pequeños grupos a las cafeterías de cada universidad, nos repartíamos por todo el espacio y empezábamos a besarnos chicas con chicas, chicos con chicos, de dos en dos, de tres en tres,... la gente se quedaba atónita. A la señal de un pitido empezábamos a gritar consignas contra la homofobia, desplegábamos nuestras pancartas y repartíamos panfletos.

Se consiguió llevar a juicio a los agresores de nuestro compañero y que se les condenara en una sentencia histórica por agresiones verbales homófobas. Nos encantó ver las caras de esos «niños bien» que, tal y como confesaron al juez, «estaban indignados, porque nunca pensaban que iban a estar sentados en un banquillo, acusados»...

La plataforma antihomofobia se transformó en el colectivo Panteras Rosas (el nombre era un guiño a los *Black Panthers*).

Seguimos organizando sesiones de cine-fórum, y charlas y también continuamos participando y convocando acciones antihomofobia, como la concentración de repulsa que tuvo lugar en el año 1993 en la Audiencia durante el proceso contra David Garrido Truchado, acusado del asesinato de Mariano Gómez, que tuvo lugar en la casa de campo en una zona de ambiente gay, así como del intento de asesinato de otro chico unos meses antes, con quien había contactado a través de un anuncio de contactos. El asesino declaró que «él solo estaba en la casa de campo recogiendo espárragos»... así que intentamos comprar por los alrededores espárragos para tirárselos a la cara, aunque solo pudimos comprar botes de espárragos que acabaron estrellados en las furgonetas de policía en las que era trasladado.

Tanto con el Grupo de Mujeres Doble X como con Panteras Rosas, participábamos de la manifestación del orgullo gay, que en aquel entonces no tenía nada, pero nada que ver con el macro evento en que se convirtió unos años después. Se trataba de movilizaciones muy pequeñas, donde éramos apenas un centenar de personas rodeadas de multitud de periodistas sacando fotos de hasta el último detalle de cada una de nosotras. Esto intimidaba, claro, y había que tener valor sabiendo que al día siguiente podías ser portada del periódico de turno. Y supongo que debido a esto, el primer año que participamos aparecimos con nuestra pancarta y el lema: «No está el horno para bollos, Sal del horno!» y unos dibujos de monigotas saliendo de un horno mientras nosotras íbamos adornadas con pelucas de colores y grandes gafas de sol, repartiendo bollos y tortillas y gritando consignas.

Aquella era la época en la que la Radical Gay y LSD (Lesbianas Sin Duda) abrieron una ventana de frescura en todo esto, proponiendo una alternativa politizada al ghetto gay y lesbiano de lo que entonces era Chueca, y radicalizando el discurso frente al COGAM, realizando acciones transgresoras tanto en su contenido como en su forma. Hablaban, por ejemplo, del devenir y ser lesbiano así como de la importancia de la visibilización. No es que estos colectivos surgieran del movimiento okupa, ojalá... pero sí que algunas y algunos de los que del movimiento autónomo participábamos nos sentimos influenciados por esta gente. Concretamente, la Radical Gay se implicó en multitud de campañas en las que también estaban presentes colectivos autónomos, como la marcha

contra el paro y la exclusión social de la Coordinadora Baladre en el 1993. Pero es necesario hacer aquí un apunte: el hecho de que la Radical Gay participara de bastantes de las convocatorias que desde el movimiento autónomo se hacían, como por ejemplo la manifestación antifascista del 20N, desgraciadamente no se traducía en que el movimiento fuera consecuentemente antihomófobo ni que en los espacios hubiera una mínima visibilidad gay y lesbiana... eso seguía quedando muy lejos...

En aquel entonces, la mayoría de la gente estábamos plurimilitando en quizás demasiados colectivos y por ejemplo, algunas de Doble X que participábamos en centros sociales ocupados, montamos otro grupo de mujeres reuniéndonos en el Centro Social Seco. Como anécdota, durante una de nuestras reuniones el techo del edificio se nos cayó literalmente encima, no hubo heridas de casualidad y allí comenzaron las casi eternas obras de reparación del aquel centro social. De Seco nos acabamos yendo entre otras cosas cuando un grupo de chavales bacaladeros, animados y empoderados por algunos de los que participaban en el centro social (quizás debido a algún tipo de experimento social que nunca llegué a entender), acabaron asaltando primero la biblioteca y después la distribuidora alternativa El Gato Salvaje.

El Gato Salvaje comenzó su andadura con los inicios del movimiento okupa en Madrid, siendo una de las distribuidoras de material de referencia dentro de la ciudad durante los años que funcionó. Al asalto del local en Seco, se unieron problemas económicos de diversa índole que llevaron a su cierre definitivo. El fin del Gato Salvaje se cruzó con el comienzo de lo que ahora es la librería asociativa Traficantes de Sueños, que pasó en aquel entonces a ocupar el anterior nicho del Gato Salvaje, y en cuyo fondo acabaron los restos del material.

En aquella época, en las okupas, había muchas cosas que se daban por supuesto pero que realmente eran puro humo. El feminismo era una de ellas. Pensándolo desde el ahora, aquello podría definirse perfectamente como heterosexista: era un ambiente muy radical y atractivo por el nivel de crítica y enfrentamiento al Estado y al capital que representaba, pero lo de la crítica y el trabajo contra el patriarcado quedaba a años luz. Básicamente, se trataba de un movimiento de hombres heterosexuales y la responsabilidad de que no hubiera sitio para otros

y otras no venía de fuera, de la sociedad, era algo a asumir desde dentro... Desgraciadamente no había muchas mujeres y, tristemente, muchas de las que allí estaban, lo hacían en calidad de amigas, novias, etc., y nunca como verdaderas protagonistas. A esto había que sumar el que las relaciones entre las mujeres del entorno, frecuentemente y producto de ese patético heterosexismo, se establecían en base a la competencia.

Al mismo tiempo, sobre todo durante los conciertos, tenías que soportar como en cualquier otro bar chungo todo tipo de comportamiento baboso y acosador por tipos que campaban a sus anchas. Y es que era difícil ser una más en aquellos sitios. A la hora de currar en conciertos, pegar carteles, etc., no había problema con que fueras tía, claro, pero el ambiente a la hora de participar en asambleas era bastante intimidatorio para una chica, y más si eras muy joven. Creo que eso fue fundamental para que algunas de nosotras tuviéramos tanta entrega en grupos de mujeres, donde nos sentíamos mucho más a gusto y podíamos expresarnos más libremente.

En los espacios mixtos —formados por hombres y mujeres—, las mujeres nos encontrábamos ante la contradicción de que para que se nos tuviera en cuenta, tenías que tomar actitudes y roles que rechazabas: ser una tía líder, hablar bien alto en las asambleas, que se te viera bien tirando piedras en primera línea para que no dudaran de tu valor y compromiso, etc.,... vamos, como uno de ellos... Es decir, que solo cabía nuestro lado más masculino —del cual hay ciertas cosas de las que no reniego—, pero cuando lo femenino es minusvalorado... es ahí donde nos encontramos con el patriarcado. Y no es que se colara por las rendijas, sino que era la base de las relaciones en ese mundo, por muy alternativos que pensáramos que éramos. El proponer reflexiones y trabajo sobre sexismo era algo a lo que al final solo acudían mujeres, aunque me consta que hubo grupos de mujeres que lograron de algún modo afectar de manera significativa lugares, formas y colectivos de su entorno con su trabajo antisexista, como las Ruda en Zaragoza.

Era difícil el encontrar «un lugar»... aquellas manis antimili que siempre acababan con disturbios, las okupaciones, las movidas con los nazis, los desalojos, los conciertos brutales de punk y hardcore en las antiguas Cocheras y más tarde en Minuesa y en

otras okupas... eran un chorro de energía en el que una quería estar; no querías estar escuchando a cantautores y haciendo talleres de no violencia, sino estar allí; pensabas que esa era la manera de hacer las cosas: tomar las calles, las casas, la acción directa, el enfrentamiento directo, la autodefensa... Cuando íbamos en bloque a las acciones, a las manis, etc., sentías o querías ver el poder del grupo, pero en los momentos más tranquilos, en los momentos en que hablábamos... y sobre todo en lo más cercano a lo cotidiano, ya te sentías en un segundo plano, más como una espectadora, escuchando a los «ideólogos» y recolocándote en formas y espacios como podías. Quizás por todo esto, algunas de nosotras buscamos la militancia donde realmente nos sentíamos visibles, sin tener que hacer piruetas ni evangelizar demasiado y donde las energías iban al trabajo en sí y no en su mayoría a la parte de relaciones sociales, a la lucha de roles y a lograr un lugar y el respeto de la manada.

Después de unos años, algunas de las que habíamos estado en okupas, junto a otras que se habían ido sumando (por ejemplo con el Centro Social Seco, Lavapiés 15 o con okupaciones del barrio de Estrecho), empezamos a verlo muy claro: queríamos, necesitábamos un espacio okupado por y para mujeres. No tenía sentido estar en ese ambiente poniendo la puntilla feminista cuando a casi nadie le interesaba realmente, cuando a muchos molestaba y cuando lo que se podía pretender, la reflexión y el cambio de dirección por parte del movimiento, apenas se producía. Nadie quiere perder su cuota de poder gratuitamente si no se le obliga. Eso ocurría fuera, ya lo sabía, pero también ocurría dentro y costaba querer verlo.

## Karakola (1996-inicios)

Como experiencia previa a La Karakola, tuvimos un ensayo de espacio por y para mujeres en una okupa en la calle Lavapiés. La gente que okupó este edificio era gente recientemente incorporada a este mundo de las okupaciones. En su mayoría venían de partidos políticos como el MC y la LCR o más bien de sus juventudes. En un momento dado, renegaron de sus respectivos partidos y se unieron a la autonomía —abriendo en realidad su

propio camino y creando un nuevo discurso dentro del movimiento—, y contribuyendo de manera decisiva a la posterior okupación del Centro Social El Laboratorio 1.

De este nuevo grupo de gente venían algunas mujeres que habían participado del feminismo de Barquillo y ahora, en las ocupaciones, tenían claro eso de «por y para mujeres». Así que, digamos, hubo una alianza en ese sentido.

En esta casa de Lavapiés, la segunda planta era para mujeres e hicimos días en los que la okupa entera era para actividades de mujeres, acabando en alguna ocasión a botellazo limpio con algún grupo de tíos que se tomaban a chufla eso de una fiesta de mujeres. Después de esta experiencia, hubo una serie de reuniones con muchas mujeres, así que, con más ganas que dudas nos tiramos al barro y okupamos La Karakola.

Los primeros días nos repartíamos en turnos para dormir y permanecer en la casa. Era un edificio muy grande, en gran parte muy hecho polvo. La nave central tenía desplomada una de las inmensas paredes; teníamos uno pozo y una bonita escalera de caracol. Recuerdo un día en que por casualidad descubrimos un ventanuco y a partir de allí, ayudadas por un pico y una pala, abrimos un nuevo espacio más tarde destinado a una tetería. Fue bonito y muy energizante el hacer nosotras mismas todas esas cosas en las que en una okupa hacían los tíos, supieras o no hacerlo. Algunas sabíamos algo de albañilería y nos dedicamos a tapar los inmensos agujeros que el edificio tenía, otras se aplicaron con la electricidad, las tomas de agua, etc. Y con ayuda del único tío que entró por allí en aquellos días y como excepción, un amigo aparejador, tuvimos planos de la casa y un plan para clausurar las zonas realmente peligrosas, asegurando con puntales la zona en la que nos quedaríamos. Si necesitábamos máquinas o material, lo conseguíamos como fuera; si no sabíamos cómo hacer o manejar algo, pues lo aprendíamos. Y nos encantaba ver a otras haciendo todo aquello, sin ser juzgadas, dándonos ánimos y bien orgullosas. Esa parte fue muy bonita para todas y nos unió mucho. Pero al mismo tiempo surgió el inevitable debate: espacio de y para mujeres o espacio organizado por mujeres y de participación mixta. Aquello, en realidad, en aquel tiempo donde no existían aquí los aires ni el discurso *queer*, representaba dos posturas: la feminista y la digamos, menos

feminista. Nos metimos en discusiones larguísimas. Los argumentos políticos de las que queríamos un espacio por y para mujeres y que por eso estábamos allí, eran muchos y variados. Entonces, cuando las que querían un espacio mixto se quedaban sin argumentación política, surgieron algunos chantajes emocionales del tipo «no me entendéis», «no me respetáis», «yo solo quiero que mi hermano o mi novio puedan visitar la casa»... lo cual, afortunadamente, no funcionó.

Al poco de okupar La Karakola, unas cuantas fuimos a Barcelona, a unas jornadas de okupación. Algunas escribimos textos para contar nuestra estrenada experiencia y plantear debates. Lo que allí vimos fue muy clarificador de lo que había en aquel momento al respecto. En la reunión de mujeres propuesta, comenzamos a explicar por qué habíamos okupado una casa por y para mujeres, ya que era la primera experiencia en el Estado en este sentido, como centro social. Lo explicamos con ilusión, como intentando transmitir y contagiar a las demás de aquello y que surgieran mil centros sociales okupados por y para mujeres, feministas... Y el caso es que nos sentimos un poco incomprendidas cuando las de Barcelona que allí estaban nos dijeron que allí no hacía falta, que eso del sexismo en las okupas de allí no ocurría, que estaba «superado». Y curiosamente, esto lo contaban algunas chicas que habían okupado una vivienda solo para mujeres porque estaban hartas de la convivencia con tíos. Pero parece que la reflexión empezó y acabó allí.

Afortunadamente, había algunas mujeres de Valencia, de Dones els mussadess, grupo de mujeres feministas de allí con las que siempre me había sentido muy identificada en la distancia, al igual que con las de Ruda de Zaragoza o Lisístrata de la universidad de Zaragoza. Pues bien, las valencianas nos apoyaron bastante. Ellas habían tenido un edificio okupado por mujeres para vivienda (Amanecer) y sí que tenían muy claro la necesidad de la lucha feminista.

Al salir de la reunión, charlando con alguna otra mujer de Barcelona, me explicó, que lo que yo había visto, era lo que había, que por supuesto que en Barcelona había feministas pero que las que empezaron en las okupas ya no estaban allí, sino en el movimiento feminista, fuera de las okupas, de ahí esa carencia de feminismo en las okupas en aquel momento.

En La Karakola, la ilusión y la fuerza del inicio fueron dejando paso a las diferencias que entre nosotras había. Con el tiempo, hubo ciertas actitudes y formas que me fueron alejando hasta que dejé de participar en el proyecto. Algo que me distanció fue la influencia de la corriente que venía de antiguas militantes del MC y LCR. Se habían convertido en verdaderos ideólogos y producían gran cantidad de textos, muchos de ellos con ese lenguaje casi ilegible con el que se podía llegar a justificar una cosa, o la contraria y solo el que lo escribía y los de su alrededor quizás por no quedar de tontos lo aceptaban y alababan (a este respecto y volviendo al presente, me parecen importantes las propuestas que van justo en el sentido contrario, como las que vienen del grupo de economía de Sol del 15M, que trabajan tratando de traducir complejas teorías económicas a un lenguaje que todos y todas comprendamos, acercando el discurso y alejando el fantasma de las vanguardias y del monopolio de la información y de lo teórico). Pues bien, en este contexto, comenzó una especie de campaña contra el trabajo. Pero esta campaña no venía de la CNT, CGT o de alguno de los otros sindicatos de trabajadores y trabajadoras que tuvieran motivos más que fundados para estar en contra del trabajo en una sociedad capitalista, consumista, alienada y etc.

En realidad provenía de gente que venía de un sustrato bastante burgués, que participaban en las okupaciones y se fueron haciendo llamar «precarios», pero que a mi parecer estaban a años luz de la verdadera precariedad, confundiendo el tener un eventual trabajo de mierda con la precariedad que mucha gente vive y que, por supuesto, tiene más que ver con el no tener familia ni entorno de cuyos privilegios poderse beneficiar cuando la cosa se pone difícil o cuando la etapa de experimentación de precariedad se da por acabada. Y probablemente mucha de esta gente, en realidad, no vivía exclusivamente del trabajo precario de turno.



Como anécdota bastante significativa, un Ocho de Marzo, mientras participaba en la manifestación junto a otras mujeres en el bloque del grupo de mujeres dominicanas (no las que estaban en la universidad o estudiando su postdoctorado, sino las que en su mayoría eran trabajadoras domésticas), llegaron justo detrás de nosotras las chicas de La Karakola —mis compañeras—,

con su pancarta, gritando y bailando al ritmo de eslóganes tipo «lo mejor, vivir sin trabajar...». Las mujeres dominicanas ponían una cara como de no entender nada, aunque bueno, sí que lo entendían y no daban crédito... Unas chicas jóvenes, probablemente universitarias, proponiendo que lo mejor era vivir sin trabajar al lado de quienes venían desde el otro lado del mundo y se partían el pecho por conseguir un trabajo de mierda. Y es que, La Karakola se topó con las clases sociales en el feminismo, y ya no solo cuestión de clases sociales en el feminismo, sino del manejo de estas, lo cual hacía plantearme que en el movimiento que desde allí, desde La Karakola y okupas denominábamos burgués (es decir, Barquillo y su ambiente) había bastante menos burguesas que donde yo estaba. La invisibilización de las clases sociales y la falta de soluciones a qué hacer con ello en el movimiento feminista, pero también en el movimiento autónomo, siempre ha sido, a mi entender, uno de sus problemas. Sé que la respuesta es difícil y compleja, pero el camino contrario es invisibilizarlo y otro nivel más maquiavélico pasa por, incluso, crear un discurso académico en torno a la precarización con el que disfrazarse.

Otro factor que me acabó alejando de La Karakola fue el tratamiento de las agresiones sexuales que desde allí se planteó, en cuanto al nivel de implicación y respuesta o más bien la falta de ellas. En aquellos años fue cuando unas chicas se organizaron en un grupo de afinidad de corta vida para realizar algunas acciones antisexistas, «Anacondas subversivas». Una de sus acciones tuvo que ver con la denuncia pública de una agresión sexual por parte del bajista de un grupo de música que fue bandera en aquellos años.

Dentro del movimiento autónomo del momento aquello fue todo un escándalo. Sin embargo, a mí lo que me pareció un escándalo fue la reacción de la inmensa mayoría de la gente. Todo aquello se convirtió en una especie de juicio a las chicas que habían realizado la acción, intentando quitarles legitimidad y equiparando autodefensa feminista con autoritarismo, al mismo tiempo que intentaban reducir la denuncia a nivel de unos chismorreos. Hubo una guerra de comunicados en el que tan solo Indias Metropolitanas (colectivo de autodefensa feminista) apoyaron la decisión y capacidad de Anacondas y de otras mujeres para llevar a cabo este tipo de acciones-denuncia, mientras el

resto del mundo permanecía como viendo un culebrón desde su butaca o desde los bares. La cosa acabó cuando se dio la carnaza al público, es decir, cuando se relató con pelos y señales la agresión, ante lo cual hubo un reconocimiento por parte del implicado y del resto de la banda, que ante la imposibilidad de negar lo ya obvio optaron por una triste estrategia de escaqueo y desvío de atención buscando manos ocultas e incriminando a varios tíos que se habían sumado a la denuncia pública, como colofón a su machismo.

Al poco tiempo, una compañera de La Karakola fue agredida sexualmente en la okupa en la que vivía, El Laboratorio 1. Fue entonces cuando un pequeño grupo de La Karakola decidimos que, además de apoyar a nuestra compañera, teníamos que reaccionar ante todo esto y comenzar a hacer campaña de denuncia del sexismo en el movimiento. La reacción de la mayor parte de la asamblea de La Karakola ante las propuestas de respuesta, en mi opinión, fue de una falta de solidaridad mezclada con el miedo a ser señalada como «aguafiestas» entre los compañeros del ambiente. Hubo demasiado escepticismo, que fue disfrazado de excusas que se resumían en que no todas estábamos en el mismo nivel de feminismo; argumentaban que había distintas velocidades y que mientras algunas teníamos experiencia en cómo enfrentarse a agresiones teniendo muy clara la necesidad de respuesta, otras no lo veían así y que había que «ajustar velocidades». Intentamos remediar esto (con la urgencia de que las agresiones no esperaban a que el nivel medio de conciencia en La Karakola fuera aceptable). Convocamos reuniones para trabajar el tema de las agresiones sexuales, ofreciendo listados de material en nuestras manos para compartir, debatir, etc. Pero a las reuniones acudimos las tres o cuatro que lo teníamos muy claro. Así que, aunque logramos sacar un par de panfletos, otro día nos encontramos con la censura de la asamblea ante uno de los panfletos de denuncia. Algunas vivían en la misma okupa que la chica agredida y no se querían sentir incómodas con todo lo que podría provocar la denuncia pública, por lo que tuvimos que acabar firmando como «un grupo de mujeres de la Eskalera Karakola» para no comprometer a las demás.

En aquel entonces, en El Laboratorio 1, durante una fiesta techno organizada por el Kolectivo Ruido, una chica fue brutalmente

violada en el lugar que hacía las veces de baños. Cuando sus amigos la encontraron sangrando y ella les contó lo sucedido, pidieron a los organizadores que cerraran las puertas para encontrar al agresor. Estos se negaron, no lo veían necesario y «no querían estropear la fiesta».

Mientras, nuestra compañera de La Karakola que había sido agredida en El Laboratorio 1, donde vivía, planteó el problema de su agresión en la asamblea de aquella okupa. La reacción y los comentarios fueron de un machismo extremo y desgraciadamente algunos vinieron también por parte de mujeres. Indias Metropolitanas decidimos dejar de dar clases de autodefensa en este centro social, ya que nos parecía totalmente incompatible.

Y con respecto a La Karakola, no solo no estaba haciendo de altavoz y lugar de referencia para algo como la denuncia del sexismo y las agresiones en el movimiento autónomo, sino que actuaba de censora respecto de las que desde allí queríamos trabajar. A esto, se le añadía el que en la asamblea se formaron grupos de poder en los que se reflejaban por ejemplo problemas de convivencia en casas alquiladas compartidas, etc. Por otro lado, las que organizaban la mayoría de las actividades que vertebraban el funcionamiento de La Karakola, no pasaban mucho por la asamblea. Ya que la asamblea actuaba de censora y las actividades funcionaban en cierto modo de forma autónoma, un pequeño grupo de mujeres de La Karakola hicimos un escrito para proponer la disolución de la asamblea y el funcionamiento temporal por simple coordinación de actividades. Aquel fue el momento en el que algunas de nosotras dejamos de participar en La Karakola, esperando que otras mujeres que llegaran de nuevo trajeran y llenaran de contenido y aire fresco aquel espacio, y sabiendo que el trabajo y el activismo feminista no estaba ligado a nada físico, por lo que continuaría evolucionando más allá de cualquier okupación.

Al poco tiempo, María Galindo, del colectivo Mujeres Creando (colectivo feminista y anarquista boliviano), dio una charla en la tetería de La Karakola. Como si fuera algo obvio lo que allí ocurría, comenzó con una performance en la que manchaba de rojo las paredes y ponía sobre esas manchas unas vendas. Al mismo tiempo afirmó que la casa estaba sangrando, y que estaba tratando de curar esas heridas... Hizo además, una crítica muy

necesaria y constructiva: comentó que paseando ese mismo día por el barrio de Lavapiés, había observado a mujeres de distintas nacionalidades, la mayoría de ellas inmigrantes, y que, sin embargo, en La Karakola solamente había mujeres de origen europeo, por lo que no veía reflejo alguno del barrio en el que estábamos (¿Acaso no había comunicación con el mundo real?). Y bueno, nadie tuvo respuesta a sus preguntas...

## *Stay Safe*: Indias metropolitanas y la autodefensa feminista (1997-2005... 2009)

Uno de los grupos surgidos de esta encrucijada de grupos y proyectos feministas y autónomos fue el colectivo Indias Metropolitanas. Éramos un pequeño grupo de activistas que habíamos convergido en torno a la necesidad de difundir la autodefensa feminista. Compartíamos una visión muy clara tanto de la necesidad como de la urgencia de extenderla, de hacerla llegar al mayor número de mujeres.

En la época en que comenzamos, en Madrid existía otro colectivo de autodefensa de mujeres, «Las Walkirias», donde alguna de las activistas de Indias había militado tiempo atrás. Este colectivo que había estado funcionando bastantes años, se encontraba en estos momentos a punto de disolverse.

Las Walkirias, durante varios años, estuvieron tanto dando clases de autodefensa como realizando actividades relacionadas en gran medida con el deporte. Se movían en un ámbito feminista-lesbiano, ambiente que en aquella época estaba bastante separado del mundo de las okupaciones, aunque, claro, como siempre, con excepciones.

Para algunas de nosotras, el primer contacto directo con la autodefensa para mujeres vino a través de las jornadas estatales feministas del año 1993 que tuvieron lugar en Madrid. Durante los años posteriores, empleamos bastante tiempo en formarnos, tanto asistiendo a las clases de las Walkirias como participando de talleres que impartían mujeres alemanas y sobre todo suecas, que caían en nuestra órbita y que practicaban la autodefensa feminista. Y así, llegó un momento en el que sentimos que debíamos empezar a extender todo aquello dando talleres.

Los primeros talleres los desarrollamos en nuestro ámbito, el de las okupaciones.

Los grupos solían ser bastante pequeños, de unas 8 o 10 mujeres. El feminismo estaba allí, o eso se suponía, y además era autodefensa, algo estéticamente radical y en principio valorado en ese ambiente. Pero lo cierto es que esa teoría se traducía pobremente en realidad: había pocas mujeres interesadas en la autodefensa feminista y con poca capacidad de seguimiento.

Uno de los primeros talleres que dimos, fue uno dirigido a un grupo de chicas muy jóvenes, adolescentes menores de edad. Esto fue en el centro social El Laboratorio 1. Los padres de estas chicas consintieron que sus hijas fueran a una «okupa» debido a la alerta con respecto a las agresiones generado por el tratamiento que los medios de información dieron al caso de las chicas agredidas sexualmente y asesinadas en Alcàsser-Valencia unos años antes... Recuerdo la responsabilidad que sentimos.

Durante esta primera etapa, también dimos clases en La Karakola, en la Escuela Popular de Prosperidad, en la okupa El Barrio, etc. También salíamos de Madrid, a Salamanca, a Avilés, etc., para dar clases a grupos de mujeres ya organizados que querían profundizar en la autodefensa.

Otro taller muy interesante lo impartimos en COGAM. A él acudieron entre otras, algunas mujeres trans, que en aquel momento eran trabajadoras sexuales y ejercían su trabajo en la casa de campo, teniendo muchos problemas de seguridad.

Uno de los saltos cualitativos para el colectivo vino cuando nos propusieron dar clases en una casa de acogida a mujeres que habían sufrido violencia machista. Nos hizo muchísima ilusión esa oportunidad y comenzamos un giro importante en la calidad y profundidad de lo que había sido hasta entonces para nosotras la autodefensa feminista. Esta casa de acogida no era una de tantas, sino una de las pocas —ó quizás la única en Madrid— que constituía un proyecto más sólido, una casa de acogida integral. Trabajaban con programas anuales, con una visión de apoyo tanto psicológico como económico frente al resto de casas de acogida, que, desgraciadamente, eran lugares donde las mujeres se podían «esconder» durante tres meses a lo sumo. Detrás de este proyecto estaba la Federación de asociaciones de mujeres

separadas y divorciadas, formada por mujeres que en los años de la transición y posteriores tenían la valentía de hablar de forma muy clara sobre la violencia machista y el patriarcado delante de las cámaras de televisión.

Aquella experiencia comenzó siendo dura, porque la realidad de las mujeres que allí llegaban así lo era y así, nuestro método de enseñanza fue sometido a una intensa prueba. Las mujeres que asistían a las clases estaban muy contentas y nosotras más (de hecho, no sé muy bien quién aprendió más de quién).

Un segundo salto cualitativo lo dimos cuando en torno al año 2001 nos ofrecieron la oportunidad de dar clases en el aula de la mujer de un barrio de Madrid. Esta propuesta venía del ayuntamiento de un barrio, que aunque fuera de izquierdas era eso, «lo institucional», de lo que siempre nos habíamos mantenido a kilómetros de distancia... Pero más tarde nos alegramos muchísimo de habernos guardado en el bolsillo nuestro orgullo e ideología al respecto, ya que nos permitió participar de una valiosa experiencia. De todos modos, íbamos sobre seguro: quien nos propuso la idea era una mujer feminista de largo recorrido, una de esas mujeres a la que es fácil admirar y respetar mucho, por su trabajo, por lo que piensa y sobre todo por cómo se comporta, tal y como dice ella, «con todas y cada una» de las mujeres a su alrededor. Esta mujer inició su trabajo en el barrio heredando un aula de la mujer bien triste a todos los niveles, pero desde el comienzo tenía muy claro la necesidad de integrar en todo aquello la autodefensa para mujeres.

Allí se creó una especie de burbuja feminista, que partió de decenas de mujeres y llegó a miles de ellas, con inspiración en los grupos de trabajo de mujeres de los años setenta, del movimiento de liberación de mujeres. Talleres de historia del feminismo, de autoestima, etc. Talleres para el cuerpo y para la mente... Se creó algo muy diferente a lo que habíamos visto y vivido hasta entonces. Y todo ello se creó, como dijo otra sabia mujer que de todo aquello participaba, «a pesar de los políticos y no gracias a ellos» y sabiendo que en cualquier momento el soporte institucional se podía cerrar como un grifo. De aquel lugar salieron desde un montón de mujeres que se divorciaban y empezaban a vivir otra vida más libre, hasta redes de apoyo, tanto informales

como formales, algunas de ellas para temas de violencia machista, así como diversos grupos de mujeres.

Los talleres de autodefensa tuvieron un éxito increíble. Tenían una duración de unos nueve meses. Solíamos tener una media de cuatro grupos al año con clases de dos horas semanales y lo que más nos sorprendía... había lista de espera. La media de mujeres por taller era de unas 30, empezando muchas veces cuarenta y pico, así que, en unos años cientos de mujeres pasaron por estos talleres de autodefensa.

Las mujeres que acudían, eran, como decíamos nosotras, «de carne y hueso», nada que ver con el micro ambiente en el que habíamos desarrollado nuestro trabajo hasta entonces. Venían mujeres con sus hijas, o chicas jóvenes con sus amigas o con sus madres, que se lo recomendaban a más amigas, vecinas, compañeras de trabajo, etc. Algunas volvían al año siguiente y luego al otro. Todas eran muy conscientes de la necesidad de talleres como los que allí había para las mujeres. Algunas comentaban que les parecía más necesario que las chicas más jóvenes aprendieran y escucharan las cosas de las que allí se hablaba a otras muchas asignaturas que en los institutos se dan.

Me viene a la memoria por ejemplo una mujer, que con sus 70 años, se acercó al aula de la mujer y vio los talleres. En su vida había estado en un taller, menos de mujeres, y menos nada físico, pero lo tuvo muy claro, el taller que eligió fue el de autodefensa. Tenía algunos problemas de coordinación, aunque no más que los de cualquier persona que no ha dedicado mucho tiempo a conocer y a trabajar con su cuerpo. Se sentía incapaz de dar un puñetazo pero la expresión de su cara cuando dio su primer buen puñetazo fue de una satisfacción increíble, para ella y para nosotras, claro. Fue un momento muy bonito, de crecimiento personal e ideológico exponencial, acompañado de evolución de todas como personas y como feministas. Era poner en práctica y en serio la ideología feminista.

Por nuestra parte, supuso mucho trabajo, aunque fue fácil: era el trabajo que queríamos y teníamos que hacer. A nuestras jornadas diarias de supervivencia en el mundo laboral le añadíamos las muchas horas que a la autodefensa dedicábamos. Entre las clases, la preparación de las mismas y las discusiones

posteriores a cada clase, estábamos entregadas... La realidad de ahí fuera sometía a prueba un discurso, un método que comenzó a validarse en ese micromundo alternativo. Lo hacíamos cambiar, crecer, adaptarse... o se quedaría en un juego poco creíble e inútil, que es lo que a veces ocurre cuando lo que creamos en ese mundo alternativo cual laboratorio lo intentamos extrapolar a la realidad y no encaja ni con calzador...

Por otro lado, no teníamos nada que ver con el mundo de la enseñanza ni éramos expertas en dinámicas de grupos; ni siquiera teníamos que ver con el feminismo académico para soltar charlas teóricas, pero al final acabamos desarrollando a nuestro modo todo eso, si lo veíamos útil y necesario. También aprendimos a manejar toda esa amalgama de ideas preconcebidas, prejuicios, ilusiones, frustraciones, energías contradictorias, etc., con las que las mujeres venían. Aprendimos a traducir el feminismo a mujeres que llegaban a kilómetros de él, mostrándoles lo útil y necesario que es para una mujer en un mundo patriarcal. Y sobre todo, fuimos depurando el método de enseñanza de la autodefensa feminista en las mejores manos, en las de aquellas mujeres de todas las edades con las que veíamos y compartíamos una evolución que nos llenaba. Veíamos como llegaban muchas mujeres al comienzo del taller y cómo iban cambiando a lo largo de los meses, como iban creciendo en autonomía, independencia, autoestima, y... se notaba tanto... en su actitud, en su forma de estar, de andar, de participar.

Algo muy positivo y necesario era el crear un ambiente en el que se sintieran cómodas, un ambiente de confianza plena, donde podían expresar sus ideas sin miedo a equivocarse o a ser juzgadas. Cuesta crearlo, pero una vez creado, hay una transparencia real que te permite, eso, interaccionar, proponer, atreverte a cambiar y evolucionar.



De los cientos de mujeres que por allí pasaron, como mínimo, un 30% habían sufrido agresiones machistas severas. Ese 30% eran mujeres que a lo largo de los talleres lo visibilizaban, con la valentía que esto requiere. Algunas habían sufrido violaciones, algunas tenían órdenes de alejamiento, incluso siendo muy jóvenes, y alguna que otra incluso, estaba sufriendo maltrato justo en esos momentos... Estas cifras no eran escandalosas, realmente solo eran reflejo de la realidad y nosotras sentíamos que la mejor

medicina para esa realidad eran grandes dosis de feminismo. Sentíamos un compromiso muy fuerte, sobre todo porque veíamos una necesidad real que nada tenía que ver con el dar un taller en una okupa y en ambientes feministas donde todo se daba por supuesto.

También se percibía cuando una mujer había participado previamente de otros talleres del aula de la mujer ya que desde distintos enfoques se fomentaba,... la autonomía... que en este ámbito, en el ámbito de las mujeres, en el ámbito feminista, no tiene nada que ver con la autonomía obrera o con el movimiento autónomo y al mismo tiempo sí. La autonomía feminista para las mujeres en un mundo patriarcal en el que, aquí o allí, occidente, oriente, sur o norte, se nos sigue relegando, enseñando a estar por las buenas o por las malas en ese segundo plano, un plano, dependiente, económico, psicológico y emocionalmente sumiso, complaciente y obediente.

En ese ámbito, es decir, en este mundo, el ser capaz de romper ese molde en el que nos colocan es difícil, pero importante y necesario. Aprender a vivir libres, sin el beneplácito del padre, marido, jefe, compañero, fuera de la mirada represora, tutelada o manipuladora, reapropiarnos de nuestros cuerpos y de nuestras vidas descolonizándolos, desaprender tantas cosas aprendidas en nuestro perjuicio y ser capaces de crear otro tipo de relaciones desde la complicidad y el apoyo mutuo en vez de crearlas en base a la competencia.

Durante esos años también dimos clases en otras aulas de la mujer de algunos barrios de Madrid que intentaban emular el funcionamiento de esta potente aula de la mujer del que participamos.

En el 2005 dejamos de funcionar como un colectivo pero cada una de nosotras continuamos con otras mujeres dando talleres, por lo que el método, las formas de hacer y la autodefensa siguieron evolucionando por distintos caminos. Al mismo tiempo, nuestro trabajo se había desenfocado, ya no estaba en las okupas, por lo que si antes no es que fuéramos muy conocidas, ahora éramos absolutamente invisibles para la propaganda del movimiento autónomo, lo que hace pensar sobre lo artificial, irreal y manipulable de la visibilidad en el movimiento, en el que a veces parecía que el marketing era más importante que el trabajo en sí.

A nivel personal resultaba curioso: nosotras veníamos del feminismo, las okupaciones y los kolectivos, veníamos de ese micro mundo «alternativo», nos habíamos asomado por lo que parecía un ventanuco y ¡puf! pasamos... supongo que al «mundo» sin más, sin etiquetas. Sin darnos apenas cuenta, estábamos poniendo en marcha ese motor de cambio que tanto pregonábamos en el micromundo y que al mismo tiempo tanto nos gritábamos unos a otros hasta no entendernos y quemarnos como bengalas.

*phoolandevi36@gmail.com*